

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA



ZOOLOGIA — ZOOTECNIA — CAZA — PESCA — EQUITACION — VARIEDADES

DIRECTOR - PROPIETARIO, FRANCISCO DE A. DARDER Y LLIMONA

PRECIOS DE SUSCRICION: — En Barcelona 2 pesetas trimestre. — Madrid y provincias 3 pesetas trimestre, año 10 pesetas. — Extranjero, 8 pesetas semestre. — Ultramar, el precio que fijen nuestros corresponsales. A los suscritores de fuera de Barcelona se les admitirá en pago sellos de correo ó libranzas del giro mútuo. *Dejarán de servirse las suscripciones, cuyo importe no se satisfaga por adelantado.* — Para las suscripciones, anuncios y reclamaciones, dirigirse á la Redaccion y Administracion de este periódico, calle de San Pablo, núm. 75, 3.º, Barcelona. — Horas de oficina, todos los días laborables de 1 á 3. Se publica, cuando menos, tres veces al mes y se regala á los suscritores una entrega mensual de escogidas obras relacionadas con la índole de esta revista. (Actualmente está publicándose el Tratado de Equitacion por F. Baucher).

LA LIEBRE

(Continuacion)

III

En los artículos anteriores hemos bosquejado, á grandes rasgos, algunos apuntes históricos que se refieren á este animal, y hemos apuntado algunas ideas acerca de su estructura, de su vida y de sus costumbres. Creeríamos, empero, que nuestro trabajo seria incompleto si omitiéramos algunas indicaciones relativas á la manera como se cazan las liebres en nuestro país, lo cual va á ser objeto del presente artículo.

Sabido es que todos los animales tienen sus costumbres y su modo de vivir peculiar, y que no abandonan nunca, á menos que una causa muy poderosa les obligue á ello; y esa circunstancia es para ellos causa segura de su muerte, porque el hombre, valiéndose de su inteligencia, de su observacion y de los medios que la industria y el arte le proporcionan, aprovecha y explota en beneficio propio esa uniformidad de costumbres que los animales ofrecen en su género de vida,

para apoderarse de ellos por simple diversion ó por lucro.

De este principio se desprende que el cazador que con provechoso resultado quiere dedicarse al ejercicio de la caza, debe poner especial mira en conocer circunstanciadamente y en todos sus detalles las costumbres peculiares de los animales que se dedica á perseguir; solo así conseguirá ver satisfechos sus deseos, galardonado su trabajo y compensadas las muchas y graves incomodidades que el noble y útil ejercicio de la caza lleva consigo.

En el presente artículo nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores los medios más generalizados en España para cazar la liebre, y si el benévolo lector se digna fijar su atencion en ellos, hallará plenamente confirmados nuestros juicios acerca de lo mucho que importa estar al corriente de los hábitos y de las *jugarretas* de que son capaces aquellos animales, tan astutos y poriseros como débiles.

Las liebres pueden cazarse y se cazan en España, de varios modos, entre los cuales los más usados son: con galgós á la carrera, á

espera, en mano, á ojeo con escopeta y con lazos.

La caza con galgos á la carrera se hace desde que se concluye la vendimia hasta hasta marzo en que empieza la veda. Se colocan en ala los cazadores á caballo, y van recorriendo el terreno que se han propuesto hasta que salta la liebre. Perseguida esta por los galgos y los cazadores, se dirige para ocultarse hácia algun monte, soto ú otro paraje en que haya malezas, pero así los galgos como los cazadores procuran cortarle la retirada ántes que tome lo quo los cazadores llaman *el perdedero*; si lo consiguen, la liebre toma otra direccion ó dá un rodeo para volver al mismo sitio de donde partió.

Este animal tan tímido, tiene sin embargo bastante presencia de espíritu, no solo para sustraerse á los dientes de los perros por medio de saltos que dá y eses que va formando, sino que conoce los sitios del campo más favorables á sus evoluciones, corre hácia ellos y siempre llega la primera; cuando conoce que alguno de los perros va muy próximo á ella, hace un repentino regate á derecha é izquierda, y le deja burlado, porque este con la violencia que lleva no puede detenerse y se para; los demás perros que la siguen, si ven este regate, entran á sustituir á aquel, hasta que la alcanzan ó se les encierra y la pierden. Cuando no sucede esto último, á las cuatro horas deben los perros haber forzado á la liebre.

Este modo de cazar, si puede ser divertido para los aficionados á él, es muy fatigado y expuesto, por lo fácil que es dar una caída del caballo ó precipitarse con él en la velocidad de la carrera. Requiere un terreno de grandes llanuras y poca maleza, lo cual basta para comprender que no se usa ni es posible ensayarlo en Cataluña.

La caza de la liebre á espera puede hacerse en todo tiempo, pero es más segura en el verano. Al ponerse el sol se coloca el cazador á la entrada de un bosque ó monte, oculto en una zanja seca ó en un matorral, que esté cerca de alguna senda ó de un punto donde confluyan varias, y aguardará la salida de las liebres, que abandonan el monte al anochecer para pasar la noche en los campos y pastar en ellos. En los mismos sitios puede colocarse de espera el cazador por la mañana, desde el alba hasta la salida del sol, que es cuando las liebres se retiran de los pastos y se meten en el monte para encavarse y dormir.

Para aumentar las probabilidades del buen éxito en las esperas, recorre el cazador al anochecer las salidas del bosque, llevando atado su perro para que este reconozca el paso de la liebre que acaba de salir: en este sitio hace una señal para poder reconocerle, y á la mañana siguiente poco ántes de amanecer, se coloca de espera en él. Es casi seguro que verá pasar la liebre, porque esta entra siempre en el monte por el mismo camino que salió. Si se quiere ir de espera por la tarde, se

hace el mismo reconocimiento por la mañana despues de la salida del sol, y se aguarda á la liebre en el mismo paraje por donde entró al amanecer.

Para cazar en mano las liebres, necesita el cazador saber buscarlas y colocarse ventajosamente para tirarlas mejor. Siempre se encuentran más liebres á las inmediaciones de los pueblos que á una legua de ellos; eso puede atribuirse á que en aquellos sitios hay mejores pastos y más abundancia de verduras á que son muy aficionadas. Así, pues, se buscarán por el verano en las quebradas de los montes bajos y sitios en que por el invierno hubiese alguna regata; entre los maizales y habares, y en las tierras de los campos sembrados de trigo, cebada, centeno ó mijo, cerca de alguna huerta; pero siempre al abrigo del aire.

Durante el invierno, si el dia está lluvioso, se buscan en las dehesas ó cerca de ellas, entre el monte alto, en las cañadas que bajan hácia los pastos, en las laderas, en las veredas poco frecuentadas y cubiertas de maleza, en los cercados, zarzales y retamales, en las canteras ó sitios en que se arrancó piedra y están cubiertos de malezas, en los matorrales de poca extension que dividen las tierras ó están próximos á ellas. Si hace sol y buen tiempo han de buscarse en sitios algo más descubiertos, como en las viñas y en los cercados de estas. En donde haya leña ó matorrales no es preciso entrar para saber si hay liebre en ellos; basta tender la vista al rededor y si no se vé algun sendero cubierto ó descubierta, que pueda conducir á la cama, de seguro no está allí.

Por los excrementos que dejan en los sitios más descubiertos de los pastos y en las praderitas de los montes, se conoce si las hay, y por la mayor frescura ó sequedad del excremento, se infiere si estuvo ó no recientemente allí.

La liebre duerme con los ojos abiertos, lo que debe tener presente el principiante para que no crea que está siempre despierta cuando la ve encamada. Si duerme no hace ningun movimiento, pero si despierta al ruido del cazador ó del perro, encoge un poco el cuerpo sobre los cuartos traseros, afirma las manos y tiende la cabeza sobre ellas para dar el primer salto. En esta disposicion se queda si el cazador la rodea sin suspender el paso, porque cree que este no la ha visto; mas si va derecho á ella ó se detiene, entónces salta.

Si el cazador ve una liebre encamada y la quiere tirar así, no suspenda el paso, sino seguir andando, ó si la tiene muy cerca, retroceder para irla descubriendo bien y poder tirarla á una distancia regular; pero si aranca al sentir al cazador, este no debe tirarla hasta que tome una direccion recta en la carrera, si no quiere desperdiciar el tiro.

(Se continuará)

EL OSO NEGRO

Este animal habita comunmente en los países de grande extension y se le encuentra en las dos Américas y en cualquier parte donde hay bosques. Se distingue del oso pardo de Europa y de todos los demás del continente oriental, por la regularidad de sus formas y brillantez de su pelaje, que es completamente negro, con excepcion de una mancha rojiza que tiene en el hocico, donde el pelo es más corto y más liso.

El oso negro es omnivoro, y su aficion á la miel es tan desmedida, que sin temor al aguijon de las abejas, contra el que le protege lo espeso de su pelaje y la dureza de su piel, devora todos los panales que están á su alcance. Tiene la ventaja de trepar perfectamente á los árboles, abrazándose á su tronco y sin servirse de sus uñas.

La manera de cazar á este animal es parecida á la que se emplea con el gato salvaje y el zorro. Se suelta la jauria para obligarle á refugiarse en alguna caverna ó en algun árbol. Si se guarece en la primera, se le mata á tiros; y si trepa al segundo, se derriba el árbol cuando está hueco. Otras veces se le sigue la pista en el bosque y se le mata á tiros de carabina. Solo hace frente á su perseguidor cuando se le obliga cuando se le obliga cuando se le obliga: entonces, si logra atrapar al cazador,

lo destroza, ó lo ahoga entre sus brazos.

Se emplea tambien para la caza del oso una especie de trampa, dispuesta de tal modo, que cuando el animal se acerca, mueve un resorte y cae sobre él un enorme madero que lo mata ó lo aplasta bajo su peso, y aun cuando no le coja más que un miembro, es lo bastante para impedir su escapatoria.

Al ocuparse Maine Reid de este procedimiento en sus *Veladas de casa*, cuenta, bajo el epigrafe de «El cazador cogido en la trampa,» una extraña aventura ocurrida al célebre cazador americano Mark Redwood, la cual en compendio vamos á transcribir á continuación.

Dejemos que hable el mismo Redwood:

«En una de mis escursiones, cuando toda-

via era yo un adolescente, descubrí la guarida de un oso, que la tenia en una gran cavidad practicada en medio de un enorme peñasco perpendicular, pulido como el mármol y de una altura considerable. Decidido, despues de algunas infructuosas tentativas, á apoderarme de la fiera por medio de una trampa, que me propuse construir á la entrada de la caverna, me proveí de un hacha, una caja de melaza y algunas mezcacas de maiz, destinadas á servir de cebo; y puse manos á la obra procurando hacer el menor ruido posible. Como no faltaba madera en aquellos alrededores, en una hora construí la trampa y la dejé lista; pero me costó mucho trabajo levantar el pesado madero que labré, y no lo pude conseguir sino con la ayuda de una palanca.

»Arreglado todo, solo faltaba colocar el cebo, para lo cual me introduje en la trampa. Estaba acomodando las espigas y la melaza, cuando de repente sentí á mi espalda un bufido terrible. Era el oso. Volvime para examinarlo, pues apenas lo habia visto al entrar en la gruta, cuando de pronto recibí un golpe tan violento que caí al suelo y quedé medio aplastado. En mi precipitacion por volverme toqué el resorte, y el madero me habia cogido las dos piernas, con todo su peso.

»Confieso que al punto no me asusté, porque esperaba desasirme del madero; pero al hacer

un grande esfuerzo para conseguirlo, tuve que convencerme de que no podia mover las piernas, y á cualquier movimiento que hacia, sentia los mayores dolores. En situacion tan espantosa no me quedaba más que una sola esperanza: que alguno de los vecinos pasara casualmente por aquel sitio, lo que no era muy fácil, porque el vecino más cercano que tenia, vivia lo ménos á cinco millas de la morada de mi madre y yo distaba de ella unas dos millas. Pensándolo bien, no veia más alternativa que la de morir de hambre abrumado por el peso del tronco ó la de ser devorado por el oso. Entonces empecé á gritar con todas mis fuerzas, y no cesé de hacerlo hasta que mis fuerzas se agotaron.

»Llegó la noche y con ella sus eternas horas.



El otro oso daba aullidos lastimeros.

¡Oh! ¡aquella fué la más larga de mi vida!

»Una de las veces que fijé mi atención en los bufidos del oso, advertí que estaba acompañado de otro de su especie. Parecía que los dos cuadrúpedos se habían acostumbrado á mis gritos y á no temerme, pues sentados sobre sus patas traseras me contemplaban como dos gatos que miran un ratón. Al rayar la aurora, uno de los osos se acercó tanto que temí que me acometiera. Felizmente yo tenía la carabina al alcance de mi mano. La cogí sin hacer ruido; me incorporé todo lo que pude y apunté. El animal estaba como á cuatro piés de distancia; el tiro salió, y tan bien aprovechado, que hasta le introduje el taco: el oso cayó como un plomo, para no levantarse más.

»En aquel momento, el otro no estaba presente; pero llegó al poco rato. Le esperaba con la carabina pronta que había podido, aun que con mucha incomodidad, cargar de nuevo. Apenas llegó y vió á su compañero muerto, se puso á aullar de un modo lastimero y á dar vueltas alrededor del cadáver olfateándole. Sabiendo que los osos se ven gan los unos á los otros hasta morir, no tenía la menor duda que ántes de dos minutos me acometería, pero le gané la delantera y le metí por el ojo una bala que le fué á parar hasta los tendones del cuello. No necesité más para tener la satisfacción de verlo caer muerto sobre el cadáver de su compañero.

»Pero ¿de qué me servía aquella victoria si no podía librarme de la trampa? Tenía un hambre canina, y como la necesidad es madre de la industria, imaginé un medio para acallarla. Cogí una cuerda que formaba parte de la trampa, formé con ella un nudo corredizo y despues de varias pruebas infructuosas, pude echar aquel lazo al cuello de uno de los dos osos y sujetarlo fuertemente. Entónces arrastré al animal hácia á mí, y cuando le tuve cerca, saqué mi cuchillo y le corté la lengua que devoré cruda.

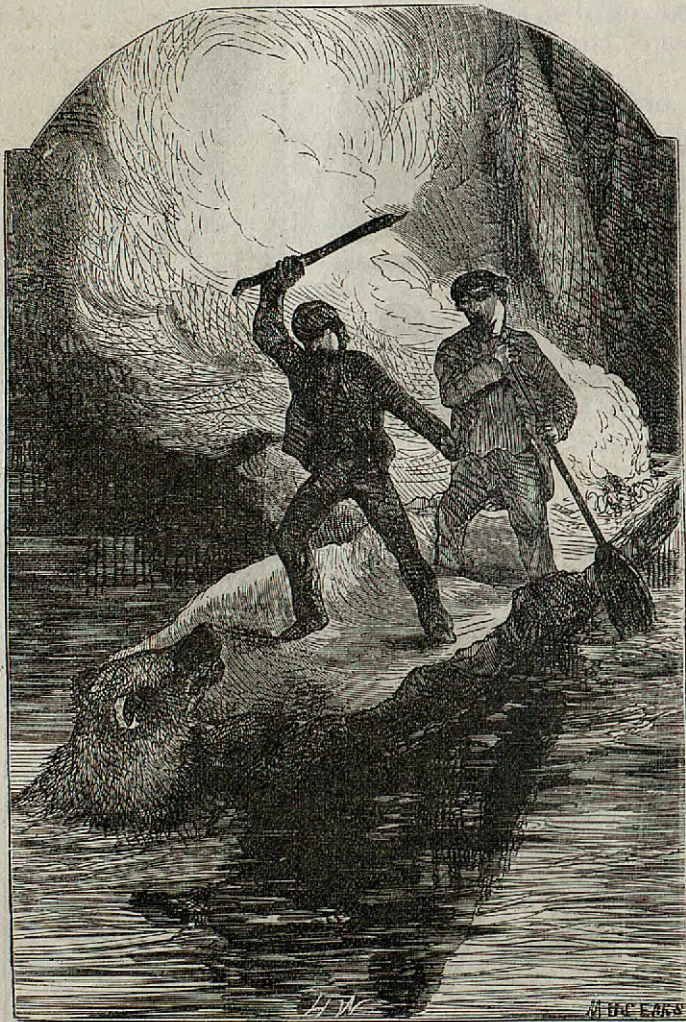
»Satisfecha esta necesidad, me puse á gritar nuevamente, deteniéndome cada quince minutos y empezando despues con más fuerza.

Hacia como dos horas que el sol había salido y ya estaba cansado de gritar, cuando me pareció oír una voz que contestaba á la mía. Escuché atentamente y pude contener á duras penas los latidos de mi corazón al reconocer que era la de uno de mis vecinos llamado Cazey, quien penetró con mucho trabajo al través de la maleza y me devolvió la libertad; pero yo no podía tenerme en pié, y Cazey me llevó á casa de mi madre, donde permanecí cerca de seis semanas sin poder andar ni moverme.»

EL OSO GRIS.

El oso gris no habita sino los países situados al Oeste del Mississipi, y especialmente las comarcas áridas y desiertas del Occidente en encontrándosele rara vez en los bosques elevados, porque no trepa á los árboles como el oso negro. Es sin duda la fiera más terrible que se encuentra en el continente americano, sin exceptuar el jaguar y el puma. Con armas ó sin ellas, el cazador no puede luchar con él; y los indios tienen en tanto el valor del que ha combatido con un oso gris, como el del guerrero que arranca la cabellera de un enemigo vencido.

El oso gris es de una falta enorme y de un aspecto feroz. Tiene generalmente la piel de color pardo salpicado de blanco, lo que le dá



El oso trataba de meterse en la canoa.

ese color ceniciento ó gris, que le ha valido su nombre vulgar. Sus dientes son muy largos y agudos; pero no es esto lo que más temen los cazadores, sino sus uñas de seis pulgadas de longitud, cortadas en forma de media luna, y tan aguzadas, que le permiten desollar un caballo ó un bisonte, ó arrancar la cabellera de un cazador. Su ferocidad llega á tanto, que algunas veces arrebató su presa á la pantera y se lanza sobre toda una manada de lobos agrupados al rededor de algún cadáver.

A propósito de esta fiera, vamos á dar á conocer á nuestros lectores una aventura de que fué héroe en una cacería de ciervos, en lancha, á orillas del Colombia, el cazador naturalista Mr. A., quien la refirió sustancial-

mente al capitán Mayne Reid en los siguientes ó parecidos términos:

«Nuestra caza se verificaba con hogueras, no como la practican los habitantes de los bosques del Oeste, sino colocando nuestras hogueras en bote que dejábamos marchar á merced de la corriente, haciendo fuego á todos los ciervos que venian á beber ó bañarse en la orilla del río; para la cual, á cambio de cierta cantidad de pólvora que dí á un indio, me proporcionó una canoa construida toscamente con un tronco de algodouero, redondeado en sus extremos, en forma de embarcación.

«Cuando más engolfados estábamos en tan atractivo ejercicio, llamaron mi atenciosos ojos brillantes que fosforecían detrás de algunas malezas en la orilla izquierda del río. Aun cuando estaba seguro de que no eran los de un ciervo, apunté mi escopeta y disparé. Miré en dirección de la orilla para observar el efecto de mi disparo, y vi con gran sorpresa que los dos ojos no cesaban de brillar en medio de la maleza. Volvíme á mi compañero Dick para preguntarle lo que pensaba, al mismo tiempo que oí el rugido de un animal que me hizo temblar de espanto, y que parecía el grito de un jabali colérico, terrible y amenazador. ¡Era nada ménos que un oso gris!

«Yo creía que había errado el golpe y me equivocaba: mi bala le había herido y el animal estaba furioso. Oímos el crugido de las ramas rotas y el ruido de un pesado cuerpo que caía al agua.

«—¡Dios mio! exclamó Dick atemorizado: la fiera nos persigue.

«Era cierto; el salto que el animal había dado persiguiéndonos, fué tan bien calculado, que casi se puso al alcance de la embarcación.

«Pero Dick remaba furiosamente, y merced á sus esfuerzos, ganábamos terreno, aunque perseguidos siempre por la fiera, que de cuando en cuando daba terribles gruñidos.

«Estábamos ya como á cien metros de distancia del oso, cuando tropezamos con otro nuevo peligro. Era el ruido de una cascada que caía precisamente en el mismo

paraje por donde debíamos pasar; y de la cual apenas distábamos trescientos metros. Comprendiendo nuestra apurada situación bogábamos desesperadamente para poder atracar á la orilla, cuando de repente sentimos una violenta sacudida. Un cuerpo pesado se había apoyado sobre la popa sacando fuera del agua la proa de la embarcación, de tal manera, que las piñas encendidas cayeron al fondo del bote, y á la luz que proyectaban, vimos con espanto aparecer la terrible cabeza del oso.

«Nuestro esquife, abrumado por aquel peso, bailaba como un tapon de corcho, y ya

estaba próximo á zozobrar sin que al oso le inquietase lo más mínimo esta probabilidad; por el contrario, tenía sin duda la intención de saltar á la canoa. El horror de nuestra posición nos paralizaba las fuerzas; pero era indispensable hacer algo. Me lancé á la popa y empecé á descargar golpes al oso con la culata de mi carabina. Gracias á mis vigorosos culatazos acertados en el hocico del animal, impedí su entrada en la canoa. Mientras tanto, Dick iba aproximándose cada vez más á la orilla, cuando lanzó un grito que resonó en mi corazón. Miré para ver lo que pasaba, y ví á Dick que se había quedado con el mango del remo en la mano; en cuanto á la pala, flotaba á merced de la corriente. Estábamos



Un hombre de extraño aspecto blandía un enorme tizon.

perdidos; ya no podíamos gobernar la embarcación y sentimos que avanzábamos hacia el abismo.

«De pronto la canoa se precipitó como empujada por una poderosa fuerza y un ruido espantoso que se oyó al mismo tiempo, nos hizo creer que nos habíamos estrellado contra una roca. Un instante despues, con grande sorpresa nuestra, nos encontramos aun vivos y asidos á la canoa que flotaba en una agua tranquila.

«Por fin, á fuerza de remar con la culata de mi carabina y con las palmas de las manos, conseguimos dirigir nuestra embarcación casi llena de agua hacia la orilla, y cuando llegamos á tierra, á pesar de la profunda os-

curidad que nos rodeaba, pudimos divisar al oso que parecia nadar en direccion á la orilla renunciando á la persecucion: el salto inesperado que habia dado por la cascada, amortiguó al parecer su energia.»

Vamos á terminar con la relacion de otra aventura ocurrida con los osos grises al citado autor de las *Veladas de casa* el capitán Mayne Reid, viajando en compañía de varios *Cazadores de cabelleras* por las montañas cercanas á santa Fé. Es el mismo capitán, quien, despues de explicar la manera con que estaba sitiada la comitiva por la nieve en un valle profundo habia logrado dar caza á un *carnero cimarron*, prosigue su narracion refiriendo el suceso en la forma siguiente:

«Ya principiábamos á arrastrar nuestra presa hácia el campamento, cuando nos llamaron la atencion algunos gritos, llantos de mujeres; imprecaciones y manifestaciones de espanto que partian del sendero que conducia á nuestro campamento. Los cazadores, los indios y las mujeres corrian de una parte á otra como poseidos de locura, señalándose unos á otros con el gesto, la cima de las rocas.

»Miramos en aquella direccion y vimos un grupo de espantosas fieras que conocimos al punto. Eran los mónstruos más terribles de la montaña: eran cinco osos grises, aparte de los que los acompañaban y que todavía no aparecian.

»Habian llegado hasta allí en persecucion del carnero, y á la sazón, hambrientos y privados de su presa, se atreverian á todo. Uno de ellos habia empezado á descender, tanteando el suelo con sus manos y dando bufidos. Silbaron al momento una docena de balas, é irritados los osos por los disparos que les causaron tanto daño como si fuesen pinchazos de alfiler, se dispusieron á bajar gruñendo furiosamente.

»Rompimos de nuevo el fuego, y aun cuando nuestras balas herian á los osos, ninguna de las heridas era mortal, y lo que conseguimos era aumentar su furia. Agotadas las municiones sin matar uno solo de nuestros enemigos, arrojamos las carabinas y esperamos á pié firme á los osos, empuñando las hachas y los cuchillos de monte.

»Nos precipitamos hácia la roca con intencion de herirlos al bajar, porque los osos descienden de espaldas; pero frustróse nuestra esperanza. Aunque nuestra llegada al extremo de la meseta, intimó al primer oso que bajaba, los demás animales, irritados por sus heridas, se precipitaron trás él, y al poco rato cayeron sobre nosotros. Entónces principió una lucha tremenda, imposible de describir. Los gritos de los cazadores, los roncoss aullidos de los osos, el sonido estridente de los cuchillos de monte, mezclado de vez en cuando con los gemidos de algun herido por las garras de la fiera, formaban una escena de horror, que ninguna pluma podrá describir con exactitud.

»Apénas principió el combate, un oso me

derribó. Cuando me levanté ví que el mismo animal que me habia atacado procuraba ahogar entre sus brazos á un hombre que yacia en el suelo. Era mi amigo Garey. Me precipité sobre el oso, y reuniendo todas mis fuerzas, pude introducirle mi cuchillo entre las costillas. Pero la enfurecida fiera dejó al francés y se volvió contra mí. Yo retrocedí, conservando siempre mi cuchillo en la mano; pero de repente me caí en un agujero lleno de nieve, y el oso se aprovechó de la ocasion, echándose sobre mí con todo el empuje de su pesado cuerpo. Sentia las garras del animal clavadas en mis espaldas; y el aliento fétido del mónstruo me sofocaba. Cegado ya por la nieve, cansado de aquella lucha y debilitado por la pérdida de sangre lancé, al fin, un grito de desesperacion.

»Cuando ya me creí perdido, un extraño silbido hirió mis oidos; un reflejo brillante pasó por mis ojos; un objeto ardiente se aproximó tanto á mi cara, que casi me quemó; percibí un olor parecido al de pelo quemado, y oí voces que se mezclaban con los rugidos de mi adversario. Entónces sentí que las garras que me oprimian se retiraban de mi carne, el peso que me abrumaba cesó, y me quedé completamente solo.

»Me levanté, me froté los ojos para quitarme la nieve que me impedia ver. Mi perseguidor habia desaparecido. ¿Quién me habia librado de él? Salí, tamboleándome á la meseta, donde me esperaba otra escena. Un hombre de aspecto enérgico y fantástico corria en todas direcciones, llevando en la mano un tizon gigantesco; la copa entera de un pino encendido como una antorcha, que blandia con vigor. Se acercaba con su tea á un oso, y el animal, aullando de rabia y de dolor, huia por las rocas, siguiendo á otros osos que procuraban tambien escaparse, chorreando sangre de sus quemaduras. El animal perseguido llegó á la altura, huyendo de la llama. Entónces el incendiario acometió á otro oso, que escapó tambien para juntarse con sus compañeros. El fantástico cazador buscó entónces el quinto, pero este habia desaparecido. El suelo estaba sembrado de hombres heridos y sin movimiento.

»Pero todavía no sabia quién era el del tizon ni de dónde habia salido. No se parecia á ninguno de mis compañeros, porque tenia la cabeza completamente rapada. Mi espíritu vagaba en un mar de incertidumbres, cuando Garey, que todavía estaba tendido en el suelo, se levantó gritando:

«— ¡Bravo, Doctor! ¡amigos míos, tres vivas al Doctor!

»Con gran sorpresa reconocí entónces la fisonomía de mi camarada el médico alemán Jappar: la falta de peluca lo habia desfigurado de tal modo, que apénas se le podia conocer.

»Entre tanto todos decíamos: ¿dónde está el quinto oso? solamente habíamos visto huir cuatro por las peñas.

»Desgraciadamente la contestacion no se

hizo esperar. Los indios que formaban parte de la comitiva, acababan de encontrar espirando á uno de sus compañeros, en el momento en que introducía su cuchillo en el corazón de la fiera.

»La cena de carne de oso de aquella noche nos costó muy cara, pero la muerte de nuestro camarada había salvado a los demas.»

VARIETADES.

El resultado de las carreras de caballos verificadas el día 2 de febrero en Madrid bajo la dirección de la Sociedad de Fomento de la cría caballar, es el siguiente:

La primera carrera extraordinaria, con premio de 4.000 reales de la Sociedad, para caballos y yeguas de todas razas, nacidas en España, que no hubieren corrido en ninguna carrera pública y formal en la Península, exceptuando las extraordinarias ó de guerra, sin peso fijo, fué ganada por el caballo «Los Llanos,» de don Segundo Brú.

La segunda carrera, Handicap, con premio del Ministerio de Fomento, de 10.000 reales para yeguas y caballos enteros, españoles y cruzados, nacidos en la Península, que no hubieran cumplido cinco años, fué ganada por «Trovador,» de don Ricardo E. Davies.

Anulada esta carrera por el jurado, volvió á verificarse despues, no presentándose más que el mismo «Trovador,» que quedó, por lo tanto, en posesion del premio.

La tercera carrera, Handicap general, con premio de S. M. el rey, consistente en un objeto de arte, para caballos enteros y yeguas, españoles y cruzados, nacidos en la Península, fué ganada por «Sorrow,» de don Tomás Heredia.

La cuarta carrera, Cosmos, premio de S. A. R. la princesa de Asturias, consistente en un objeto de arte, para caballos y yeguas de cualquier procedencia, fué ganada por «Eclairer,» de don Alfredo Franco.

La quinta carrera, nacional Handicap, con premio de la Sociedad, 4.000 reales, para caballos enteros y yeguas de pura raza española, fué ganada por «Brillante,» de don Angel Calzado.

Despues de esta carrera se celebró una particular entre los caballos «Norey» y «Essex,» de la propiedad de los señores don Tomás Heredia y conde Villarreal, ganando el primero.

La sexta y última carrera, de compen-

sacion, con premio de 3.000 reales de la sociedad «Handicap» para caballos enteros y yeguas españoles y cruzados que no hubieran ganado en las carreras de Madrid, lo obtuvo «Babieca,» del señor Schott.

El resultado de las carreras verificadas en Madrid el día 31 del pasado mes, es el siguiente:

Primera carrera.—Premio, del Ayuntamiento, 10.000 reales al primero, 6.000 al segundo y 4.000 al tercero. Caballos inscritos, 28. Corrieron 24, siendo vencedores respectivamente *Los Llanos*, del señor Brú. *Abd-el-haer*, de don Ramon Lorite, y el *Esses*, del conde de Villareal.

Segunda carrera.—(Criterium).—Premio del Ministerio de Fomento, 20.000 reales. Caballos inscritos, ocho. Corrieron siete, ganando el premio *Trovador*, de don Ricardo E. Davies.

Tercera carrera.—(Cosmos-handicap).—Premio de las compañías de ferro-carriles, 30.000 reales. Caballos inscritos, 15. Corrieron 14, y ganó *Il Barbieri*, de don Ricardo E. Davies.

Cuarta carrera.—(Gran handicap de Madrid).—Premio del Ministerio de Fomento, 60.000 reales. Caballos inscritos, 13. Corrieron siete, ganando otra vez *Il Barbieri*.

Quinta carrera.—(Carrera militar).—Premio de la Dirección General de Caballería, consistente en un caballo valor de 20.000 reales. Caballos inscritos, ocho. Corrieron 8 y ganó *Salvia*, montado por don José Olona.

Sexta carrera.—(Nacional handicap).—Premio de la Diputación Provincial de Madrid, 20.000 reales. Caballos inscritos, 6 y corrieron 6, ganando *Marmion*, tambien del señor Davies.

Séptima carrera.—(Carrera de obstáculos por Gentlemen riders).—Premio regalado por varias señoras de Madrid, consistente en una copa cincelada. Caballos inscritos, 6; corrieron 3 y ganó *Chance*, de don Guillermo Garvey.

CORRESPONDENCIA DE «EL ZOOKERYX.»

Escuela de Veterinaria (Madrid). Cubierta la suscripción hasta fin del presente año.—Sr. D. R. Torres (Pontevedra). Satisfecho el actual semestre. Remitido el folleto. Podrá V. adquirir los números publicados mediante el envío de 12 pesetas en sellos de correo con carta certificada.—Sr. D. Julio Laffitte (Sevilla). Abonada la suscripción por todo el presente año. Contestación á la suya por el correo. Se le remitieron la entregas de Boucher y el tratado de palomos.—Sr. D. Rafael Marqués (Sevilla). Cubierta la suscripción hasta el 31 de Diciembre del año último.—Sr. D. Juan Obon. Idem, idem. Se le ha remitido dicho tratado.—Sr. D. F. A. (Vigo).—D. F. B. (Palma).—D. J. B. (Mataró).—D. J. B. (Altea).—D. J. G. (Gumiél).—D. M. N. (Valencia).—

D. E. N. (Cádiz).—D. J. M. (Gracia).—D. V. M. (Mataró).—D. R. P. (Palma).—D. B. T. (Coruña).—D. E. V. (Berga).—D. S. Z. (Binefar). No olviden VV. que están en descubierto con la Administración de este periódico.—Sr. D. Hipólito Adalid (Sevilla). La misma recuerda á V. el envío en sellos de correo del importe de los cuatro trimestres de suscripción que adeuda.—D. Francisco Balsa (Sevilla). Idem, idem de seis trimestres.—D. Cristóbal Vela (Málaga). Idem, idem, idem.—Don Eduardo Cabria (Luchana). Idem, idem, idem.—D. Juan Mallol (La Junquera). Idem, idem de tres trimestres.—D. José de Torres (Málaga). Idem, idem, idem.—D. Joaquín Navarro (Valencia). Idem, idem de cuatro trimestres.—Escuela de Veterinaria, (Leon) recibida la carta.

Píldoras Holloway.—Importante para los delicados!—Es difícil saber si es durante los días fríos y húmedos del otoño y del invierno ó durante la primavera y los solanos secos y penetrantes peculiares á ella, que la complexión humana corre mayor peligro; pero en todas las estaciones es posible mantener la buena salud con dosis ocasionales de las Píldoras de Holloway, las cuales purifican la sangre y ejercen en el cutis, el estómago, el hígado, los intestinos, y los riñones una acción fortificante. Un solo ensayo bastará para convencer á los débiles ó abatidos, de la eficacia de dicha célebre medicina para restablecerlos y para reanimarles el espíritu, sin peligro, dolor ni otro inconveniente alguno. Ninguna familia debería carecer de las Píldoras ó el Ungüento Holloway porque recurriendo á ellos á tiempo es posible rectificar la función más irregular, evitar los padecimientos y salvar la vida.

ANUNCIOS.

TRATADO COMPLETO SOBRE LA CRIA DE LOS PALOMOS.

Obrita ilustrada con profusion de grabados en el texto, sumamente curiosa, útil é interesante para las personas que se dedican á la cria de aquellos animales por mero pasatiempo ó por especulacion.

Véndese al precio de 4 reales ejemplar en la administración de este periódico.

Los suscritores á *El Zookeryx* podrán adquirirlo por la mitad del precio, dirigiéndose á la citada administración, calle de San Pablo, 75, 3.º

CARTAS A LA DONA.

Llibre curiós, divertit y en vers catalá, il·lustrat per los principals artistas catalans.

Se trovará en todas las librerías. Encarregat general, Frederich S. Garriga.—Fontanella, 4. 4.ª — Barcelona.

HIDROFÓBIA

Rabia

Su definición, sinonimia, etiología, contagio, TRATAMIENTO, anatomía patológica policía sanitaria y rabia muda.

POR

D. Francisco de A. Darder y Llimona.

PROFESOR VETERINARIO DE PRIMERA CLASE Y SUB-DELEGADO DE SANIDAD.

Véndese al precio de 4 rs. en la Administración de este periódico.

Para los suscritores á «El Zookeryx» á 2 rs. el ejemplar, calle de San Pablo, 75, 3.º Barcelona.—Horas de oficina, de 1 á 3.

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILÍTICA, ANTI-VENÉREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura breve y radicalmente la sífilis, el venéreo y los herpes en todas sus formas y períodos.—30 rs. botella.

INYECCION MORALES.—Cura infaliblemente y en pocos dias, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente á la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PÍLDORAS TÓNICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia, espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de Barcelona y pueblos más importantes de la provincia.

DEPÓSITO GENERAL,

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18. MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista de sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia.—Admite *consultas por escrito* previo envío de 40 rs. en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA 18, MADRID.

VETERINARIA

FUEGO ESPAÑOL

DE

HERRERO

Esta preparacion es considerada como el revulsivo y resolutivo más enérgico que se conoce; obra á la hora de su aplicacion, y con frecuencia ántes, durando su accion cuatro dias, y más si se desea; nunca deja señales en la piel.

PRECIO: 10 REALES.

Se vende en la farmácia del doctor Marqués y Matas, calle del Hospital, núm. 109.—Barcelona.